

71/2017

29 de noviembre 2017

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Hacia el Imperio Universal.
Reflexiones surgidas al hilo de la
lectura del libro “La historia fantástica
de Europa” de José Zorrilla

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Hacia el Imperio Universal. Reflexiones surgidas al hilo de la lectura del libro “La historia fantástica de Europa” de José Zorrilla

Resumen:

La obra del diplomático y autor de teatro Jose Zorrilla “La historia fantástica de Europa” da pie a una vasta reflexión sobre lo que es Europa en su concepción de Imperio universal, su marcha y fracaso, así como la contribución de España a esa apuesta. Europa frente a los riesgos del nacionalismo y el egoísmo. Europa como futuro, ilusión y puerto de llegada.

Abstract:

The work of the diplomat and theater author Jose Zorrilla "The fantastic history of Europe" allows a vast reflection on what is Europe in its conception of universal empire, its march and failure, as well as the contribution of Spain to this. Europe against the risks of nationalism and selfishness. Europe as future, illusion and port of arrival.

Palabras clave:

Europa, Imperio Universal, Historia, España, narrativa

Keywords:

Europe, Universal Empire, History, Spain, Narrative.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Análisis** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

“Es bien cierto que los españoles aspiran al dominio mundial, como que, hasta ahora, lo único que lo ha evitado son los disperso de sus dominios y lo escaso de su número.”
Cardenal Richelieu

El pasado 15 de junio en la Casa del Libro tuvo lugar la presentación del libro “Historia Fantástica de Europa” obra del diplomático y director de cine José Zorrilla. En la presentación acompañaban al autor la eurodiputada Maite Pagazaurtundúa, el escritor Raúl Guerra Garrido premio Nadal, Oliver Soto presidente de la Unión Europea de Federalistas y un servidor. En frente, entre otros, lo más granado del Ministerio de Exteriores. Una justa audiencia para una gran obra.

El libro es una joya construida por la confluencia y modificación de diferentes narrativas que, una vez transformadas, son puestas al servicio de la causa europeísta de la que el autor es un preclaro defensor.

La Historia ha sido durante mucho tiempo entendida como una sucesión de reyes y conflictos. Y así ha sido la Historia europea que, lejos de ser un remanso de paz y concordia tiene, muy por el contrario, un pasado plagado de conflictos y de enfrentamientos que han servido para construir la epopeya de los Estados-nación que forman parte de ella. Por ello adolece de leyendas e historias comunes imprescindibles si se quiere construir un sólido futuro, pues estas precisamente vienen a ser sus cimientos; su pasado.

La Unión Europea ha demostrado que eso no es óbice para poder cosas juntos lo que, por otro lado no quita, que un pasado de concordia y mutuo beneficio facilitara una relación que se ha demostrado sinérgica y beneficiosa para todos, como resultado de haberse adelantado a la globalización. Ese pasado, sí se pretende ocultar, a la larga, acabará por volver.

Construir más Europa pasa así por reconstruir la lectura que se ha hecho de su pasado, por resaltar lo común, lo que nos une, pero tampoco en ignorar lo diverso aunque, eso sí, sin contraponerlo ni confrontarlo a lo común pues no se existe contra otros - eso es muy primario y emocional, además de aceptar vivir permanentemente con muletas - sino en base a un mismo. Y tal cosa precisa reconocer y mirar de frente a la realidad, al tiempo

que promocionar el hacer muchas cosas juntos, porque la diversidad enriquece y la uniformidad pacífica y adormece la mente. Los grandes proyectos, las grandes organizaciones unirán siempre a gentes diversas. Los afanes de uniformización quitan lo que de excelente tienen las personas y los grupos sociales, su factor de ventaja y personalización.

Icaria donde todos piensan lo mismo, sólo puede ser una comunidad pequeña y sencilla, Babilonia para ser grande, tiene que contener grandes diferencias.¹ Como sostenía Paul Valery, el grado de civilización se reconoce en el número de contradicciones que se acumula.²

Por eso nada mejor que comenzar a hacerlo desde la imaginación, y dentro de ella, desde la literatura, una literatura culterana, en la que pese a que las palabras son sencillas se precisa trabajo de azada para escarbar en los conceptos, personajes e ideas para descubrir significados ocultos, paradojas y una finísima ironía de la vida. La belleza siempre se encuentra en lo escondido y asociada al esfuerzo de búsqueda.

Viejas historias se reformulan, aprovechándose de su pasado mientras la contradicción de que se dota a uno de sus elementos más significativo, les da de un sentido bien diferente. La literatura lo hace posible. El Cid y Rolando combaten juntos, Sherlock Holmes es un monje que investiga en la cancillería vaticana un complot sobre la llamada “*Donación de Constantino*,” la “*Leyenda de los tres hermanos Lech, Czech y Rus*” sirve para hilvanar el conjunto de la novela.

El autor juega así con un profundo conocimiento de la Historia y sus paradojas. De esta manera los rasgos de los personajes son conocidos y se ahorran detalles y explicaciones mientras con unos pocos brochazos barojianos se crea un personaje en la mente del lector sobre el que, de paso, se ironiza y, de este modo también, se captura la atención de aquel. Lenin, por ejemplo, es el creador de los soviets de la tradición. Y Marx y Engels se presentan como una pareja homosexual que regenta el valle de la Ferghana.

Se invita a ver el tráiler que sirve de presentación audiovisual de la novela es de una locura creadora y se encuentra en

¹ Merle, Marcel. Sociología de las Relaciones Internacionales. Alianz Universidad, Madrid 1984, p. 329.

² Liddell Hart, B.H. Estrategia: la aproximación indirecta. Ministerio de Defensa, Madrid 1989, p. 19.

<https://drive.google.com/file/d/0B71nYBAjJUHyczdPYmhMY1J5Umc/view>

El conjunto es así un abigarrado grupo de personajes, muchos de ellos conocidos, parte de la Historia o de la literatura, uno de cuyos rasgos permanentes y más significativos se encuentra invertido. Esto podría crear, además de sorpresa y comicidad, cierta confusión y desorden, pero se gestiona adecuadamente y se evita tal cosa.

La obra tiene su sentido en la geopolítica. Es la larga marcha hacia el oeste, la gestión de la frontera, su desplazamiento, la lucha contra los nacionalismos, porque Europa solo se puede hacer contra ellos. Su propuesta es una Europa federal, un sueño que se explicita en el *postscriptum* de la obra y supone la reformulación de los viejos imperios cuya actualización propone en clave democrática.

El autor identifica el principal problema europeo como el nacionalismo. El nacionalismo, “*la ramita torcida*” de Schiller, “*toma los hechos neutrales de un pueblo – la lengua, territorio, cultura, tradición e historia – y los convierten en una narración...toma las “diferencias menores” y – en sí mismas irrelevantes- y las transforma en grandes distinciones...la característica más acusada de la mirada narcisista es que sólo contempla al Otro para confirmar su diferencia*”.³

El nacionalismo es fundamentalmente un principio político, una teoría de la legitimidad que señala que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política, aunando para ello en un mismo espacio sentimiento y movimiento.⁴ Tiene pues los componentes de una idea dinámica, autorreferente y tautológica, que una vez puesta en marcha sirve para su autojustificación. El monstruo que se devora a sí mismo; en palabras de Sánchez Ferlosio

*”el contenido del fin, aquello mismo en que la patria al fin conquistada consiste, no es sino la lucha que sirvió para conquistarla, el nombre, la memoria y la gloria de aquellas mismas batallas, de esas mismas hazañas que tenían como objeto de conquista el propio cofre que al fin no tiene otra cosa que ellas.”*⁵

Como sostiene Glover las características identificadoras son “*comparativamente*

³ Ignatieff, Michael. *El honor del guerrero*. Editorial Taurus, Madrid 1999, pp. 54 y 55.

⁴ Gellner, Ernest. *Naciones y nacionalismo*. Alianza Editorial, Madrid 2008, pp. 67 y ss.

⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre la guerra*. Ediciones Destino, Barcelona 2007, p. 157.

neutrales”, pero contienen un elemento mítico, son “*portadoras de una carga emocional*” y además se construyen mediante un relato selectivo sobre el pasado, con elementos de agravio y de victoria que sirven de trasfondo para juzgar los actos nuevos. Se produce mediante esta narrativa una transferencia de sacralidad, una transferencia de lo sagrado desde la religión a la nación, y también a la ideología.⁶

El nacionalismo no es universalista ni es racionalmente simétrico; de hecho, puede presentarse como la expresión a nivel de grupo de la tendencia humana a hacer salvedades cuando se trata de uno mismo. Tener una nacionalidad se ha convertido en un atributo para el hombre igual que tener pelo; las naciones se han transformado en el algo natural y, por tanto, lejano a la contingencia.⁷

Aron⁸ señala como los sentimientos e ideologías se han transformado de modo que hoy en día se echa a la hoguera lo que se adoraba en el pasado. La nación no ha liberado a los hombres, sino que los ha llevado en el siglo XX a lo que Renan llamó guerras zoológicas sostenidas por una pretensión de superioridad. La lucha de Zorrilla es contra ese nacionalismo esencialista que, en nombre de la parte, se queda con todo. Ratzel es un producto de este corte que asocia innecesariamente el darwinismo al simplismo y a la falsedad de la visualización de un mapa. De este modo se acaba por crear el *Lebensraum* sin otra finalidad ni trascendencia que la mera supervivencia.

Su obra trata de la construcción ficticia de un imperio europeo utilizando personajes de su pasado y lanzándolos en una nueva dirección junto con sus leyendas y mitos. Construir Europa es volver así a la vieja doctrina del imperio universal.

La idea de imperio universal, el más tarde *Imperium* romano, nace en Grecia como concepto de la mano de Alejandro y en contraposición al pensamiento aristotélico. Estamos ante una idea antigua y de genealogía oriental formulada para Occidente en Grecia (en Oriente siempre estará Persia, contra la que surge el pensamiento de Alejandro) pero de factura romana porque los sucesores de Alejandro se mostraron incapaces de culminarla. No obstante la idea de imperio universal no significa imperio global ni mundial. No se trata de castigar a otros con la cultura y valores

⁶ Glover Jonathan. Humanidad e inhumanidad. Ediciones Cátedra, Madrid 2001, p. 203.

⁷ Gellner, Ernest. Naciones y nacionalismo. Opus citada, p. 68.

⁸ Aron Raymond. Guerra y paz entre las naciones. Revista de Occidente, Madrid 1963, p. 354.

europesos.

Y es que, como la propuesta griega, esta no es una propuesta para el mundo, por más que sirva de referencia a este, sino para Europa. Europa es el *oikos*, la *Oikumene*, la tierra habitada de una forma regular y ordenada. La tierra civilizada, civilización proviene de *civis* y *civis* significa ciudad; es el estilo de vida de las ciudades. La tierra habitada es la tierra con ciudades la tierra con población estable, porque los griegos según su mitología originaria eran los hombres que nacían de la tierra (*spartoi*, los hombres sembrados). Su origen es la tierra y la autoctonía era un elemento fundamental de identidad, el pueblo y la tierra son lo mismo: el Helade.⁹

No es solo una raza, es una civilización que nace de la tierra siendo la tierra quien la sustenta. Aquella parte del mundo donde la tierra puede sostener ciudades y por lo tanto civilización es la tierra habitada, el *oikumene*, donde establecer el imperio universal. Los pueblos nómadas, las tierras de los pastores nómadas no son de interés. Son pueblos barbaros, idea también originaria de Grecia y trasladada más tarde a Roma y existente en la propia China.¹⁰ Fuera del Imperio no hay salvación.

China, en esta lógica, es el “Imperio de en medio,” una monarquía central que ve a la periferia como bárbaros y a los reyes de la tierra como naturales tributarios suyos. Es interesante la respuesta del Emperador chino Qian Long a una embajada del rey Jorge III a finales del siglo XVIII:

“Usted, Rey, vive más allá de los confines de muchos mares, sin embargo, impulsado por su humilde deseo de participar de los beneficios de nuestra civilización, ha despachado una misión para que respetuosamente trajera su memorial.... nuestra Dinastía Celeste posee vastos territorios, y las misiones de tributo desde sus dependencias son previstas por el Departamento de Estados Tributarios, que atiende sus pedidos y ejerce un control estricto sobre sus movimientos. Sería imposible dejarlas a su propio arbitrio. Suponiendo que vuestro enviado viniera a nuestra Corte, su lenguaje y vestimenta diferiría de la de nuestro pueblo, y no habría lugar en el que recibirlo. Se podría sugerir que él puede imitar a los europeos que residen permanentemente en Pekín y adoptar las vestimentas y costumbres de China, pero no ha sido nunca el deseo de nuestra Dinastía forzar a la gente a hacer cosas inconvenientes y desusadas. Además, suponiendo que yo enviara a un embajador a residir en vuestro país ¿Cómo podría

⁹ González Martín, Andrés. Conferencia: Geopolítica. XII Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas.

¹⁰ González Martín, Andrés. Conferencia: Geopolítica. XII Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas.

usted hacer posible para él los arreglos requeridos? Europa consiste de muchas otras naciones además de la vuestra: Si cada una de ellas demandara ser representada en nuestra Corte ¿Cómo nos sería posible consentir? La cuestión es completamente impracticable ¿Cómo podría nuestra Dinastía alterar su entero proceder y sistema de etiqueta, establecido desde hace más de un siglo, en orden a coincidir con vuestras opiniones individuales? ... Usted sostiene su que su reverencia por nuestra Celeste Dinastía lo llena de deseo de adquirir nuestra civilización, pero nuestras ceremonias y código legal difieren tan completamente de los vuestros que, aún si vuestro enviado fuera apto para adquirir los rudimentos de nuestra civilización, no podría usted trasplantar nuestras maneras y costumbres a vuestro suelo extranjero. Por lo tanto, aún cuando viniera vuestro enviado, nada se ganaría con ello. Conociendo el vasto mundo, yo tengo solamente un objetivo específico en vista: mantener un gobierno perfecto y cumplir las tareas del estado. Los objetos extraños y costosos no me interesan. Si he ordenado que se acepte el tributo enviado por usted, Rey, fue solamente en consideración al espíritu que lo incitó a despacharlo desde tan lejos. La majestuosa virtud de nuestra dinastía ha penetrado en todos los países bajo el Cielo, y los reyes de todas las naciones han ofrendado sus valiosos tributos transportándolos por tierra y por mar. Como vuestro embajador puede apreciar por sí mismo, nosotros poseemos de todo. Yo no doy valor a los objetos extraños o ingeniosos, y no tengo uso para los productos de vuestro país. Esta es entonces mi respuesta a vuestro pedido de instalar un representante en mi Corte, pedido contrario a nuestras costumbres dinásticas, que únicamente puede resultar en inconvenientes para usted. He expuesto mis opiniones en detalle y ordenado a vuestra embajada de tributo partir en paz de regreso a su país. Si desea, Rey, respetar mis sentimientos y exhibir aún mayor devoción y lealtad en el futuro, hágalo por medio de una sumisión perpetua a nuestro Trono, de allí en más podrá asegurar paz y prosperidad a su país... Reciba estos presentes reverentemente y tome nota de mi benigna bondad hacia usted. Un especial mandato.”

Para los romanos el *Orbis Terrarum* es también la tierra habitada, la zona del mundo que importa para construir el imperio universal. El imperio universal no implica a todo el mundo, no es global; es solo el imperio de la tierra habitada, de la tierra civilizada, una suerte de pan región al estilo de las propuestas por Haushofer. Todo lo demás queda relegado a un cómodo anonimato, era la tierra de los bárbaros, lo que no pertenecía al orbe romano. Contra los barbaros existía un derecho permanente de conquista no una obligación de civilización, la carga del hombre blanco de Kipling todavía no había entrado en juego. La intervención fuera del imperio no era una obligación moral, respondía solo al interés de conquista. Son los míticos *limes*, la frontera, que admite desplazarse.

Esta concepción limitada, sostiene el Teniente Coronel Andrés González Martín, se rompe con la aparición del cristianismo, el criterio de pertenencia no era el carácter de ciudadano, el criterio discriminador no estaba ya en el carácter bárbaro, sino en la no

pertenencia a la iglesia. Siendo la iglesia un espacio abierto a todos. El hereje frente al bárbaro. El bárbaro no puede acceder a la ciudadanía el hereje si se convierte se incorpora al imperio. Es una universalidad indiscriminada donde existe una guerra justa permanente contra el infiel fundada en la aspiración a formar una sola comunidad mundial, una comunidad de hijos de Dios.

En este contexto, España presentó su propuesta al mundo, una propuesta eso sí, como se ha dicho, del siglo XVI. De hecho, para pensadores de la época como Saavedra Fajardo, la política exterior de España pudo construirse sobre tres opciones: elegir la alianza con Inglaterra, apoyando la expansión continental de ésta y compartiendo con ella el poder naval fue la política propugnada por Gondomar y rechazada por razones de índole religiosa; se pudo, y se hizo, aliarse con el Imperio, que supuso cargar con todo el problema alemán y que, al final, el Imperio se desentendiera de nosotros; se consiguió, al fin, volver a una idea semejante a la de Fernando el Católico, de una monarquía triangular, apoyada en la Península, Italia y África, renunciando a los asuntos europeos e incluso a las posesiones de la herencia borgoñona. El Tratado de Tordesillas sancionado por Alejandro VI es el primer reparto formalizado del mundo conocido, el *dominium mundi*.

España optó, como siempre, por lo más difícil aunque también por lo más glorioso y sacrificado, una suerte de reedición del “Pacto del Sinaí” entre Dios y su nuevo pueblo elegido. Con todo, no se sabía cómo apuntalar Europa, a que objetivo político debía servir su lucha; y los gobernantes españoles, actuando como una corte de “teopolíticos”, se obstinaron hasta el final en una actitud de resistencia a los cambios, de quietismo político y de pacifismo sin ofrecer una solución real, sino tan sólo a los principio que debían servir para construirla.

El ideal político de la España de los Habsburgo era así inconcreto e indefinido, paradójicamente, el *status quo*, el sosiego, lo estático, la paz, como describía para sí mismo el emperador Qian Long. El antagonismo entre las acciones y su justificación acabaron fragmentando a la monarquía. Por el contrario, en el extremo opuesto se situaban unas Provincias Unidas del Norte que hacían una guerra en su propio beneficio; y la política de Richelieu, para quien los medios no eran tan relevantes como los fines. Estos eran claros y tangibles: “[/]o que se hace por el Estado se hace por Dios, el cual está en su base y en su origen”.

La inexistencia de una respuesta política coherente y acorde al reto se encuentra en la raíz misma de la abdicación de Carlos V, prolegómeno de unos tiempos de crisis que se visualizaría claramente con los llamados Austrias Menores, Felipe III, Felipe IV y, sobre todo, Carlos II, con quien el imperio europeo colapsará definitivamente buscándose el recambio de una nueva dinastía y una nueva política a través de la refundación. El drama de la monarquía española es también el drama de la modernidad: el choque del antiguo orden medieval con el mundo moderno.

No obstante tuvo momentos de altura intelectual y humana que precisan ser preservados. En la Junta de Valladolid, por ejemplo, tuvo lugar una polémica sobre los justos títulos de la dominación castellana sobre las américas, los derechos naturales de los habitantes del Nuevo Mundo, las justas causas para hacer la guerra a los indios y la legitimidad de la conquista. La Monarquía está para servir y en ella encuentra su título y razón. Juan de Sepúlveda frente a Bartolomé de las Casas ¿Quién en la historia de la humanidad llegó en la práctica de sus razones tan lejos?

Son estos tiempos de producción de una literatura política que conviene recuperar y poner en valor, porque la hubo y forma parte del legado español al mundo. Un legado no suficientemente conocido, como todo lo bueno que se hace en nuestro país, por más que discutido y minusvalorado, y que se vio muy influido por el Concilio de Trento celebrado entre 1545 y 1563. Hemos visto pasar sin pena ni gloria el V Centenario de la muerte de ese adelantado a su época y fundador de la universidad Complutense que fue el Cardenal Cisneros.

De modo parejo a lo que sucede en el arte, se absorben el pensamiento y los debates de las élites intelectuales europeas que son reelaborados y transformados conforme a las nuevas claves surgidas de aquél. El canon ha cambiado. La producción tiene así una aportación netamente española.

Y es que, para los teólogos ortodoxos españoles postridentinos, las lecturas e interpretaciones de pensadores europeos como Maquiavelo, Botero, Lipsio y demás tratadistas sobre la “ciencia real” del gobierno habían complicado la tarea de prescribir un comportamiento político dentro de los lindes de la moral cristiana por los que reformularán sus propuestas conforme a las nuevas claves. El resultado de

este ejercicio es una propuesta para el mundo que los españoles hacen suya, sin ambages ni reserva alguna.

Su derrota se formaliza en 1648 con la paz de Westfalia –en la que se resuelve una doble lucha simultánea: intelectual y por la hegemonía europea; no obstante, la paz definitiva para España tendría lugar tras el Tratado de los Pirineos en 1659–con la que se consuma definitivamente la fractura de Europa bajo el signo de “*cuius regio, eius religio*”, la religión del príncipe como religión del Estado con la que se pone fin a la utopía española de la catolicidad universal, el orden cristiano y que deja a Francia como garante de un Tratado con el que se crea, paradójicamente, a quien luego será su peor enemigo, el nacionalismo alemán; pero también se inicia el pesimismo español que llega hasta nuestros días al hacer suyo este fracaso, el fracaso de una propuesta no aceptada por el mundo conocido, para el *oikos* europeo. Este sentimiento se acentuaría tras el Desastre del 98.

Es en este periodo cuando, sobre las reflexiones de Maquiavelo y los remaches de Bodino, surgen términos como ‘state’ en Inglaterra y ‘état’ en Francia, que empiezan a emplearse en su sentido moderno, es decir, cuando la idea de un gobernante que intenta conservar su Estado fue dando paso a la del Estado como una entidad independiente que ese gobernante tiene que proteger. El protonacionalismo existente cristalizará entonces y será seguido por la secularización–un poder dotado de más medios tiende a lo absoluto y no tolera otro– y nuevas formas políticas. El Estado-nación queda consolidado como concepto básico de las Relaciones Internacionales. España se convierte en uno de los Estados más antiguos del mundo.

El pensamiento político dejó entonces de ocuparse de su Norte habitual, la búsqueda de un régimen político que garantizara la consecución de la justicia y la preservación del bien común, para atender, por el contrario, a los fines y a las necesidades –conservación y acrecentamiento– de un poder político cada vez más abstracto y exigente. El Estado es la clave de todo y se sitúa por delante de la comunidad y como su mismísimo centro.

De ese crisol emerge la teoría de la Razón de Estado como la última razón del rey, en palabras de Foucault, una racionalidad específica y secularizada en el arte de gobernar los Estados, que no tiene que respetar el orden general del mundo ni tampoco del orden religioso, por más que aspire a servirlo; encarna una “*ética finalista y teleológica*” que

debe aplicarse de acuerdo con la fuerza de un Estado que busca su expansión y perpetuación. El dilema que encarna gira en torno a la moralización del poder.

Y fue España en su proyección imperial, en su diseño político-expansivo, la monarquía más íntimamente afectada en Europa por estas grandes cuestiones. También dejó a no pocos españoles como referencia. El modelo de príncipe de Maquiavelo pudo ser César Borgia, como se afirma, pero el que subyace bajo su figura fue Fernando “El Católico” dotado de una “piadosa crueldad”. Su trabajo *Las Décadas de Tito Livio* fue dedicado al futuro Felipe II, y el *Arte de la guerra* que compuso el florentino tiene como protagonista a Fabrizio de Colonna, un famoso condotiero de Carlos V, quien comparece en la obra admirando siempre las virtudes “romanas” del ejército español, y que, luego, en la traducción que hace Diego de Salazar, se convierte en Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. De la fusión de culturas, del afán de conocimiento, es ejemplo la traducción que hiciera Juan Boscán a *El Cortesano* de Baldassare Castiglione.

Maquiavelo habla de “un arte del Estado” y sienta las raíces del concepto, pero su concreción práctica se alcanza en la Francia de Richelieu, quien, paradójicamente para algunos, es el padre espiritual de Bismarck; toda fuerza lleva consigo su contradicción y todo pecado el instrumento de expiación. De hecho el término Estado es una expresión de origen italiano, pero solo con Giovanni Botero se desarrollará como doctrina en su obra *Della Ragion di Stato Libri Dieci, con Tre Libri delle Cause della Grandezza e Magnificencia delle Città*, publicado en 1589 y traducida por Antonio de Herrera en 1593.

El meollo de la cuestión se sitúa en conjugar los imperativos de la ley divina y la presencia de la religión en la esfera política con las necesidades prácticas de los gobernantes de estructuras políticas nuevas para asentar su autoridad y emanciparse de la tutela e influencia tradicional de otros poderes concurrentes. Durante mucho tiempo este proceso ha recibido el nombre de absolutismo; o bien, el de “Estado moderno” en construcción. En consecuencia, la denominada Razón de Estado ha sido vista a menudo como el gozne de esa radical reestructuración del universo político. Un primer paso en la evolución hacia el absolutismo. De Maquiavelo a Hobbes, en un realismo totalizador sin solución de continuidad.

En fin, una vez rota la unidad del mundo cristiano con la escisión del catolicismo provocada por la ortodoxia y más adelante con la reforma, la aspiración a la comunidad universal permanece no sobre la base de la unidad religiosa sino sobre la base de la

unidad de la naturaleza humana, es una sociedad la humana única no por la fe, no por la pertenencia a la iglesia sino por la condición de hombre. Francia de la mano de Napoleón y por medio de su familia lo intentó de nuevo, pero no fue posible tal concertación, triunfó al final el cortoplacismo de la razón de Estado del nacionalismo más visceral que se puso por encima de la utopía (libertad, igualdad y fraternidad) y la empequeñeció hasta convertirla, especialmente en España, cuya nobleza acogió casi al unísono a José I, en un esperpento valleinclanesco. Se robó por más al tiempo que se hacía un planteamiento de subordinación inaceptable, de modo que hasta la idea de libertad salió mancillada de aquello. Algo parecido pasaría con el comunismo soviético.

Después vendría el sueño británico. La carga del hombre blanco es construir esta unidad del mundo civilizado venciendo el desafío del mundo no civilizado. El derecho de conquista permanente sigue siendo vigente y la guerra eterna contra el salvaje sigue abierta y declarada. Los imperios europeos del XIX se construyen sobre esta base y dejaron al mundo, especialmente en África, casi como lo encontraron. “El Corazón en las tinieblas” de Joseph Konrad recoge esa trágica historia de encuentro, contradicción, masacre y locura. Un proverbio asiático alude a que los ingleses, a los que se presenta como los más respetados y avanzados colonizadores (no en vano, también fueron los últimos), cuando fundaban una colonia creaban tres instituciones: una iglesia, un hipódromo y, por último, un club al que los orientales no podían pertenecer.¹¹

En fin, la quiebra definitiva del ideal de la *Respublica Christiana* universal encarnado por el Sacro Imperio no ha podido ser superada en Occidente, toda vez que encarna un proyecto trascendente al que implícitamente se quiere retornar. La alianza entre el Imperio y la Iglesia es sustituida por otra entre la monarquía hispánica y el papado que proporciona legitimidad a la política de los Austrias pero que no sirve a su culminación y ya no es universal sino un proyecto patrimonial y de familia. Y todo lo que venga después vendrá manifiestamente como proyectos de imposición y/o de dominación basado no en la igualdad y una finalidad superior que a todos nos compromete, sino en nombre de un

¹¹ Nixon, Richard M. *La verdadera guerra*. Opus citada, p. 152.

afán de superioridad, más o menos encubierto y que se pretende demostrar por la vía de los hechos. El nacionalismo todo lo emponzoña.

De ello resulta una paradoja: la Razón de Estado maquiavélica era la resultante de un complejo de naturalismo, voluntarismo y racionalismo, que se ha ido desarrollando con ganancia aparente del último para verse al final frustrado. La totalización racional ha acabado por significar el triunfo del voluntarismo. La Razón de Estado se ha ido convirtiendo paulatinamente en pasión de Estado, en un escenario marcado por la guerra de los Treinta años, Napoleón, la guerra franco-prusiana o las dos guerras mundiales del siglo XX. Como decía Saavedra Fajardo se invoca la paz pero se hace la guerra, locuras de Europa.

El fin de la Primera Guerra Mundial al abrigo de los 14 puntos del presidente Wilson, y más en concreto del principio de libre determinación de los pueblos, que supuso la fractura y demolición de los imperios otomano y austrohúngaro ha sido una desgracia en la medida que fue contraria al signo globalizador de los tiempos y ha generado toda la problemática balcánica y de Oriente Medio que permanecen irresueltos como suele suceder cuando cuestiones de voluntad e imaginación se someten al raciocinio más puro.

Y es que la Revolución Francesa permitió el salto de una concepción patrimonial del Estado a la transferencia de este poder a un grupo “*ad hoc*” la nación, un ente *per se*, una unidad de destino en lo universal por más que indefinida. El salto que Zorrilla reclama es la transferencia de ese ficticio marco trascendente hacia un espacio vacío construido en torno a claves culturales y de actitud que recibe el nombre de Europa, el único continente cuyo límite se sitúa en una cordillera (los Urales) y que, por tanto, es un espacio ampliable, porque las únicas fronteras que existen en el siglo XXI se encuentran en nuestra mente; eso sí, preservando la diversidad, la riqueza de cada grupo humano diferenciado mediante el federalismo.

Pero eso es lo que ya quiso nuestro país, aunque su construcción desde la perspectiva del siglo XVI. Es nuevamente el viejo Imperio español aunque actualizado al siglo XXI y vacío, esto es, con centros de poder deslocalizados ni otra razón más trascendente que la humanidad, donde el rey no es un déspota sino un autócrata bien intencionado que, además ha sido substituido por un poder neutro y ecuánime dotado de humanidad.

Esto supone, como dijera Carl Schmitt, el fin de la política en la medida en que

esta encarna la gestión de los conflictos y las contradicciones al quedar integradas bajo un mismo manto.

El marco de la obra de Zorrilla es una creación compleja hasta lo malabar que obedece a esta lógica y que sirve para reclamar una unidad cultural y auténticamente democrática que libere al continente de pugnas y sirva para superar el actual modelo estatal. Esta ya no se hace sobre conceptos físicos como la etnia, ni ideológicos o religiosos, la clave del nuevo imperio se sitúa en la aceptación de su diversidad y en el nosotros como espacio de voluntad.

El signo de Europa no es tanto la libertad de pensamiento, que es un concepto surgido en el siglo XVIII durante la Ilustración, y adelantado por Sir Thomas Moore (Tomás Moro) en su juicio y condena en el Parlamento de Westminster. Es más profundo que eso. Es la duda que se instala hasta en el sistema institucional en el mutuo control de sus partes, los cónsules, la democracia como sistema de balances y contrapesos, las dos ciudades (la ciudad de Dios y la del Hombre) o las dos espadas (el Emperador y el Papa, a las que se hace alusión en la obra de Zorrilla con la “Donación de Constantino”). Europa es la única civilización que duda, y de la duda surge la tolerancia y de la tolerancia el respeto y de ambos, y como desarrollo natural, la libertad. Esa es la gran contribución europea al mundo y su factor de ventaja.

España lo intentó hace mucho tiempo y las críticas que le vienen de ello (la sacro santa Inquisición, una institución adelantada a su tiempo en el siglo XVI y retrasada en el XVIII, parece estar siempre en sus labios) surgen del mundo anglosajón que interpreta el mundo en clave imperial y desde el pensamiento de finales del XIX, momento culmen y de máximo apogeo desde el que hace una relectura de su propia Historia y de la Historia de los demás para propio beneficio, poniendo luz en algunas cosas y sombras sobre lo que no les es propio o, de alguna manera, les supera.

Al final, escribir la Historia viene a ser casi como gobernar el mundo. Un mundo que siempre vuelve a sus propios lugares, adonde por cierto parece que nos está conduciendo inexorablemente la globalización.

*Federico Aznar Fernández-Montesinos
Analista del IEEE*